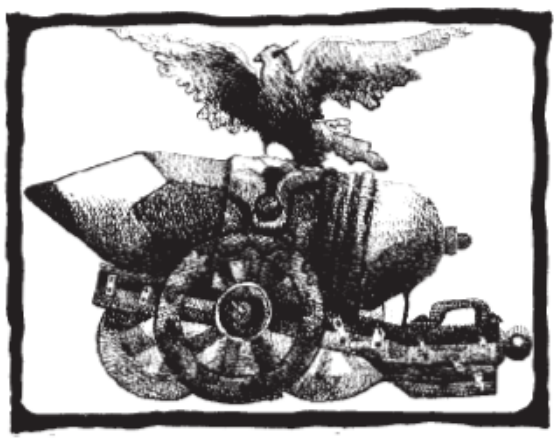
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

NÚMERO

22

Enero/
Febrero
1995

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

Oracion. Higinio Alas Gómez (*)

Padre Dios, desde las profundas
heridas de los pueblos: físicas y
morales.

Desde las cadenas de fuego estallando
en las entrañas de la tierra,
produciendo maremotos y terremotos.

Desde los tornados y huracanes
tragando vidas.

Desde las fallas de la tierra
y desde las fallas de los hombres.

Desde las líneas de fuego
en campos enemigos
sembrando la tierra de cadáveres.

Desde los gritos de odio, de hermanos
contra hermanos.

Desde esas frías imágenes que nos
llegan por televisión:

millones de rostros cubiertos de
hambre, de moscas, de gusanos
en pueblos del tercer, cuarto y último
mundo.

Desde los pueblos desarrollados, con
ambiciones de poder,
pero llenos de barbarie,
que tiran al fondo del mar millones y
millones de toneladas
de alimentos y medicinas, de ropa y
calzado
para mantener los precios que les
impone su dios de metal.

Desde los ídolos, artistas, políticos y
politiqueros
y desde los falsos pastores
aclamados por miles y miles de voces
humanas.

Desde nuestras vidas
y desde nuestras muertes.

Desde nuestros desaparecidos,
prisioneros y torturados,

aquí estamos, Señor, tus hijos, los
hombres,
gritando ven, Señor, ven!!

Allana el planeta,
endereza los caminos de la tierra
entera,
no más guerras,
no más odios,
no más idolatrías,
no más mentiras,
no más falsas democracias.

VEN, SEÑOR!!

Que TU PALABRA, hecha carne entre
tus hijos
se haga vida y penetre en nuestras
carnes.

Que también nosotros seamos
VERBO, como tu HIJO.
Que nadie nos reduzca a sustantivos.

Que no sea yo, sino TU el que habitas
en mí,
para que se haga en mi, y en todos mis
hermanos
el proyecto de mi Padre.

Sí, Padre, que la tierra entera se llene
de tus manos,
haciendo nuevas ideas y nuevas
creaciones.

Que las mujeres repoblen la tierra con
sus cantos
con sus ternuras, sus amores, y
verdaderas libertades.

Que nazcan más niños
de corazones ecológicos,
amantes y defensores de tu creación.

Que las cascadas que nacen en las
montañas
sigan fecundando las llanuras de los
valles
con aguas cristalinas.

Que se reproduzcan en abundancia
los frutos en la tierra.

Que todas las manos de tus hijos se
abran
para dar pan al hambriento,
agua al sediento,
abrigo al desnudo,
techo al refugiado,
amor al odiado,
esperanza al desvalido,
y libertad al prisionero.

Que los mares se repoblen de vidas
infinitas
para alimento de tus hijos.

Que te alaben las aves en el cielo
y los hombres en la tierra con sus
cantares.

Que todo lo que está a media vida,
reviva,
porque TU has penetrado todo ser
viviente.

Que viviendo TU,
en nosotros y nosotros en tus carnes
y en tu espíritu
seamos los constructores de tu nuevo
REINO ENTRE LOS HOMBRES,
AMEN, AMEN, AMEN.

16 de setiembre de 1992

(*) Profesor de la Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión de la Universidad Nacional.

Puertas afuera. Jorge Luis Ramírez Caro (*)



Hubo un desfile de secretarias y oficinistas ante las mantas que el estudiantado agitaba acá afuera. Algo decían de un pastel que yo no me pierdo.

El oído se me hizo el tonto en medio del bullicio de gatos recién entrenados y las voces volvieron por la misma ratonera. Miré hacia adentro, porque las cosas parecían estar más buenas de ese otro lado. Los administrativos se elevaron a su tercer piso y desde ahí comenzaron a repartir espacios, puestos y cargos.

-El gobierno nos ha bendecido con un buen presupuesto, gastémoslo en algo que fortalezca la institución, dijo la autoridad superior en Consejo extraordinario. Las secretarias se encargaron de repartir el café a los invitados especiales y demás comitiva. Los más eran animados por el coro de cámara de las secretarias de asuntos privados.

-Me equivoqué de cara, se dejó decir un encorbatado.

-Eso es lo importante. Lucir bien, dijo su secretaria.

Por la ventana el comité de propaganda de la educación redoblaba los aplausos y vivas, con instrucciones de los altos mandos de reducir cada vez diez veces menos el aporte gubernamental. Es la única manera de plantear lo que se logre como una victoria de ambas partes, dijo a dos manos la máxima autoridad de la casa de estudios, mientras veía pasar las copas. Así fue por varios años. Yo no encontraba dónde ubicarme.

Se estaba preparando el brindis, cuando de repente, allá afuera, se abortaba una vida para terminar de reventarse en la pared. Las lenguas se chupaban con sólo oír el último tintineo. Por el Consejo se enredaban los chismes. Según algunos, lo único que hace en este momento la universidad es propiciar el precarismo académico. Esto es un tugurio, remató un planificador de la educación superior. Hay que esperar que pase la efervescencia y las tempestades de las ideologías para ver si esto es o no un sueño necesario, dijo alguien del otro bando. Eso fue lo que oí cuando buscaba un mejor sitio por dónde meter mi oreja con lentes.

Los académicos alargaron sus siestas de borrachos.

En los pasillos, las secretarias se limaban las uñas. Allá en el fondo se maquillaba un representante. Los miembros, colgando del sopor, trataban de dejar claras sus irrenunciables posiciones. Entre papel y papel se dejaban oír palabras que del todo no lograban explicar el sonoro tropel de allá afuera y la presencia de aquella mesa con un centenar de copas, cubiertos, vasos, platos y otras golosinas salivantes. A nosotros nos llega la... déjenme ver, ahora no sé con cuál de las dos es, pensó bajo el nudo de la corbata, nos llega la dulce sabia -tal vez así es, pensó más rápido- que sube por las escaleras, tropieza con todos los obstáculos, toca a la puerta, nadie le quiere abrir, vuelve a tocar, le dicen que espere, y espera, pero ni mira hacia atrás, sino que exige ser atendida, y vuelve a tocar. Al servicio de esas raíces es que debemos estar, dijo la fracción defensora de las explosiones y aspiraciones demográficas de una muchedumbre cada día más torpe, tratando de apabullar con su torpeza de vocabulario a los eminentes contrincantes.

A alguien se le olvidó lavarse las manos. -Para eso está el mantel-, le dijo el vecino.

La respuesta ya venía, se estaban buscando metáforas y otras estrategias persuasivas, pero no quisieron demorar con el cuento y, como con un resorte en el culo, se erigió el numen. Excelencia, superioridad y calidad definen nuestro lema, rompió la fracción opositora, el resto tragó sin saliva. (Sentí una pedrada en el oído que ve). El pueblo necesita guías, líderes, luces en el camino. Estamos como faros para aquellos que desean salir del mar tumultuoso. Fermento en la masa. (Me acordé de otro pastor menos borrego). Ofrecemos nuestras puertas a quienes creen en el culto a la verdad. Miró a sus compañeros y sintió el apretón de mano.

-Voy por buen camino, se dijo tras morder una flema. El resto trataba de salivar.

El oído se le extravió con un grito que se dejó venir de la calle. Cuando volvió los ojos no encontró las siguientes palabras. Los gestos se le vinieron encima. Agil. Buscó en uno de sus papeles unas frases subrayadas: “La Universidad no será buena. Habrá de ser excelente… No a la mediocridad. No a la superficialidad o improvisación. No al plagio vulgar. No a la chabacanería”, estaba mirando a los que estaban del otro lado. No se dio cuanta que tenía el puño en alto. Quedó a la deriva, salpicado por las miradas. Estamos aquí –con aquel gesto del que sabe que se va a caer- para sembrar en terrenos inciertos, pero que el fruto depende de aquello que dijimos al principio, y que cerró el aplauso por el lado de la derecha.Los que estaban en el centro se dejaron escupir y no vieron las moscas. Los del otro lado encogieron los hombros al ver que ya estaban comenzando a servir. El humo se hizo nube y se escribieron las tablas sin más pataleo de gallina.

El pastel dijo esta boca es mía. La secretaria no lo oyó.

Los estudiantes siguieron dando vueltas alrededor de la torre de Babel. El mismo aparato montado y las mismas consignas para ver si lograban derribar algo de la mesa. Pero a los que estaban en las calles nada les cayó del mantel. Las cosas eran cada vez menos inteligibles. Buscaron en los papeles de sus antepasados, leyeron de prisa y les cortaron la cresta. De vez en cuando se asomaba uno de los calienta cabeza y disparaba datos que alcanzó a oír detrás de la puerta. Vi llover babas.

Vistieron a la giganta con otro vestido. Pero la misma vaina. La imagen la pasaron por el noticiero del mediodía, el de la tarde y por el de la noche y fue primera plana en todos los diarios. Hoy me he dado cuenta que estoy entre los invisibles. El país veía el acuario del fútbol.

Estamos en la calle y a pan y agua, dijo uno en la esquina sur del edificio, no es posible que nos estén aplicando la política del sacrificio y echando por tierra la filosofía que impulsó y generó a esta casa de estudios, dijo otro en la esquina opuesta. Los aplausos y vivas trepaban por la vara encerada. En ocasiones decían cosas que no estaban en el guión que les distribuyeron para que nadie se durmiera allá afuera. Pero los errores se curaban detrás de las cortinas. El aguacero ayudaba a disolver el hielo.

Las vacas se distribuyeron las becas y gudbay, aurua.

La gente dio otra vuelta cantando se va el caimán, se va el caimán. La orquestación duró así el todo de las demandas, paros y

huelgas de la multitud que reclamaba las cabezas del más veterano tecnócrata hasta las de las más vampirescas sanguijuelas que, caídas de la nube más alta, salían a reforzar el coro de angelitas montado para ocasiones como ésta en que hay que enturbiar los ojos de quienes se acercan.

La mano de Dios algo tenía que ver con esto.

Un viento se dejó venir con toda el agua. Pero a ningún santo se le pudo encomendar lo que quería hacer el negro con la negra. El vino rojo se le vino encima a las del coro. Y comenzó la ida al baño. De dos en dos.

Toda la universidad llena de hojas, afiches, mantas y demás propaganda alusiva a la mayoría de edad de nuestro campus montado sobre el cadáver de otras piedras. Se veía pasar el camión lleno de cervezas y la discomóvil por el horizonte estudiantil. La multitud se inclinaba para un lado y otro dependiendo de los latidos del estómago. Cuando la lucha estaba a punto de colapsar llegaban los propagandistas y le echaban leña al fuego. Los administrativos se iban al sauna por la puerta trasera.

El ego de algunos se pegó en el techo.

Este asunto tenemos que ganarlo, se dejó decir el presidente estudiantil en un discurso que no escribió. Cuando daba la espalda y se lo llevaban balcón adentro, sus asesores y demás patas le recomendaban no equivocarse porque ahora tiene una buena imagen y esa gente que está allá afuera está ahí porque cree en ti y en que estás haciendo algo trascendente, le dijeron. Respiró y no pudo tragar el ambiente del panorama que vislumbraba. Yo dejé caer el ojo con dos piropos cuando el coro anunció el cierre de dime y te diré.

Entonces Dios dejó libres a sus ángeles.

Este es el último debate, falta nada más oír al asesor del ministro y asunto arreglado. El resultado lo sabemos, reanimaron al representante estudiantil que la mayor parte del tiempo no sabía para dónde mirar. La multitud estaba en seguir y no seguir girando, como si ya estuviera más decidida a dejar caer los brazos. Nadie supo de dónde salieron las ideas, pero la cosa tuvo un momento en que fue en serio. Una secretaria sacó su bolsa y comenzó a mostrar tangas y demás pellejos íntimos. Una risa se regó por los pasillos. Eso hizo que las cosas volvieran a su cauce. Me eché un bostezo sin taparme la boca para llamar a los zopilotes.

A dos horas de la playa, los peces grandes aún con el mismo aire.

De pronto la gente se quedó viendo a una sombra que pasó por la explanada principal. ¿Y ahora quién se roba el chou? -me dije-. Frente al busto vestido de luto de uno de los próceres de la patria viril se levantó un grito. La gente se restregó las lagañas. Los administrativos y demás cabezas superiores comenzaron a sudar frío y a orinar sangre cuando se asomaron por la ventana y vieron aquellas calles llenas de gente nunca antes vista. En esa semana se suspendieron las lecciones, no hubo debate y el rector sufrió de un estreñimiento crónico y comenzó a tirar los brazos a sus jefes inmediatos. Alquien dijo que la había hecho daño el pastel.

La tortuga sacó la cabeza de su caparazón.

El nuevo dirigente trató de cerrar la brecha entre los que sufren el mismo pan y ustedes, dijo. Los huelguistas no eran sólo los estudiantes. Las máximas autoridades veían caer la gota de cloro de forma ininterrumpida en su pantanoso charco de lagartos en que vivían. La cólera les comía el pedazo de hígado. Los gritos no sólo pedían letras, sino también otras cosas de gente que no quiere nada con la empalagosa lógica de los nuevos asesores. Me puse a recordar un poco para echarle viento al hambre.

La movilización se hizo calle.



Lo que más se ajustaba al orden del día era superar la exportación de cabezas de Mr. Teylor y evitar que la guillotina se hiciera bumerang. Así que la gente, después de aburrirse de tocar todas las puertas de los defensores del orden constitucional y el estado de derecho y de caer en el barullo de los propagandistas de la educación gratuita y obligatoria y la educación superior, emprendió una fábrica de muñecos. Para cada estudiante sin estudio, mil réplicas de lindas y hermosas piezas de los señores que orinan más y tienen el chorro más largo. Se manejaron varias alternativas, pero la que más contó con la aprobación de la mayoría fue la de llevarlos en peregrinación a la catedral, pagarles un Te Deum y después quemarlos en plena Plaza de la Basura.

Dios se destapó un ojo.

El comercio y demás empresas de buses y taxis estaban de acuerdo y apoyaban las salidas de quienes hasta el momento no habían podido tener acceso a una letra. Por supuesto. Ellos se habían quedado con los cuadernos y los libros y los lápices y demás utilería de los últimos años y no estaban dispuestos a perder ni un solo cinco, y las demás empresas no sabían qué hacer con tanta flota varada. La competencia, claro que sí, la gente se sigue tragando los cuentos ecoturísticos: aunque se sepa el mundo al derecho y al revés, nada le parece contradictorio. Mañana no estaremos y la plata es para gastarla, dice. Y siguen los paseos y exploraciones amarillistas de paisajes ultraterrenos para que vean de lo maravilloso que se están perdiendo, viaje hoy mismo y explore nuestras riquezas. Pero ninguno de ellos mostraba su caja fuerte. La cosa llegó hasta ahí. Y nadie que me diga para dónde va esto.

El Diablo se sacudió la cola delante de todas las muchachas.

El concubinato metió de nuevo la mano. La cama para el triángulo estaba pidiendo un descanso. Pero ninguno de los pretendientes quería darle ventaja al otro. Las ofertas se dejaban venir. Por su parte, el gobierno, en concierto con las demás instituciones, había determinado no producir más utilería de muy poca importancia en el mercado de la exportación, que trabajen, a este país lo único que le hace falta es mano de obra que produzca lo que nos comemos, dijo el Presidente tocándose la panza, pero eso sí, tenemos que ponernos a la moda para salir del subdesarrollo, y le cerró un ojito a la máxima autoridad universitaria montada en el mismo palco, dos palmaditas, y nos veremos en el mundial, concluyó con su acostumbrado discurso dominguero.

Debajo de las faldas había un macho.

Después de la visita del santo padre, cuando en el área no quedaba más oasis que esta Bella Durmiente expuesta a los lobos y deseosa de que llegara su príncipe azul, después de aquellos forcejeos con la paloma del espíritu de Moloc se dejaron venir todas las presiones de todas partes, los cortes y recortes. Y nacieron las salas de belleza. A ratos la multitud se agitaba como de cólico, ensayaba su consabido número, daba algunos pasos alrededor y caía. Todo mundo miró hacia afuera, hacia el lugar donde no había nada. Allá tenemos que llevar nuestra imagen, que el mundo nos conozca, dijo la máxima autoridad del gobierno y se embarcó con Noé.

Una muchacha hizo cálculos con su regla. Y también se fue.

La alfombra se extendió otro día menos lluvioso. Estas cosas hay que discutirlas entre expertos, proclamó el asesor del ministro de educación. Lo público es un reducto del pasado, sinónimo de deficiencia y pobreza. Lo moderno es más que el oro, siguió diciendo el experto. Había que levantarle los pies a este país para que no se ensuciara con la pesadumbre sin lumbre de Luzbel de la podredumbre. Se habló del país de la burbuja, de la singularidad de nuestras playas y demás confites escolares. Los líderes de la modorra estudiantil tomaban notas, a otros se les caían las babas y otros se frotaban las manos. Afuera se oyó un golpe de alud. Mi experiencia administrativa me ha enseñado que el prestigio de la educación está en la cantidad de divisas que depara al país. Una educación que no produce es una educación que no es tal, martilló con tesón el asesor en el tambor deshidratado del ministro.

La multitud le alzó la falda.

-Suda como un hombre, dijo alguien.

Volvieron los templos. Y comenzaron a levantarse edificios de sapientia bien lejos de los bolsillos, la importación de cerebros sin eyaculaciones que fecundarán en estos suelos, constructores de puentes y carreteras, asesores para que los perros aprendieran a morder en la parte donde más duele, especialistas en democracia de la antigua y sepultada Grecia, elocuentes pájaros verdes, sicólogos cínicos queriendo explicar la depresión económica como un vacío emocional, y demás maestros aprendices de pitonisas y de otros cuentos callejeros. Todo vieron bailar a Salomé.

Yo aproveché el desfile y le di de comer a mi ojo.

Las calles extrañaron las voces secas de manos. De aquellas inclaudicables disputas y de aquellos vuelcos a la vía pública y demás heridas que dejó la esperanza de algunos se sacó en claro que las casas de estudios superiores, siguiendo una vieja tradición, debían ser catedrales. En su gran muro se reventarían las tempestades futuras y ninguna mano mugrienta osaría atropellar la dulce luz de nuestros distinguidos sabios. Las que no pudieron levantar sus rompeolas que cuadriplicaran el diezmo. La perlas no son para los cerdos, concluyó el ministro.

Los peces volvieron a su semana santa.

Un día de estos desafortunadamente es lunes. Una larga fila bordea la calle. Del otro lado los libros le dan de comer a las polillas. Una verdad que nadie quiere dejar libre. A pesar de todo los bustos no están de luto. Las muchachas se rascan el ombligo con cualquier mano, y las secretarias, en el último piso, cuidan su garganta. No tengo nada que ofrecerle a mis deseos y me bajo para deleitarme un rato. Estudiantes y comercios afines desfilan con faroles patrios y procesiones porque han oído decir que este año la semana universitaria se hará sin cerveza.

Como yo sé qué es lo que quiere el negro, mejor me voy para el limbo y no vuelvo más.

20 de enero de 1993

(*) Poeta, cuentista y crítico colombiano oriundo de San Jacinto Bolívar, licenciado en Filología por la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional de Costa Rica. La mayoría de su obra se encuentra inédita. Publicó el libro de cuentos La máquina de los recuerdos, Premio Una-Palabra 1992. El jurado de dicho certamen apuntó en tal ocasión que su obra es una "...interpretación de la cotidianeidad a través de la construcción de un ambiente ambiguo y mágico".

